

La generación literaria de 1950

Quienes estudian el desarrollo de la literatura chilena del presente siglo, distinguen, al modo de Ortega y Gasset, con mayor o menor rigor, varias generaciones de escritores, sobre las cuales se asiente una manera de concebir el arte y, por lo tanto, la vida.

La clasificación más usual visualiza con ciertos rasgos de identidad al menos 4 grupos literarios hasta mediados de la centuria, de los cuales derivan otros fragmentos generacionales con sesgos particulares. Estas cuatro generaciones están agrupadas en los hitos cronológicos del 900, del 20, del 38 y del 50.

Pues bien, esta última alcanzó por esos años un despliegue inusitado y polémico en los medios de comunicación, cobijada, además, por ciertos hechos de la vida nacional que pedían respuestas urgentes y que, en cierto modo, tocaron también las puertas de la literatura de la época.

Los escritores jóvenes de entonces se afiliaron voluntariamente bajo un mismo reducto, ya para hacer saber las nuevas formas que adquiriría su concepción de la literatura, ya para arremeter contra los modos y usos que ésta había impuesto en las décadas anteriores. Su artillería —graneada y bulliciosa— fue a dar en el blanco no lejano del criollismo literario y, casi a tiro de cañón, en el realismo social del 38. Postulaban los nuevos escritores una literatura abierta, con nuevos temas que desde otras geografías llegaban, esencialmente de la Europa de post guerra, además con renovadas técnicas que, no tan cercanas, tenían la paternidad de Proust, Joyce, Faulkner, incorporados ya en el repertorio de los estudios universitarios.

Tuvieron, además, la voz tronante de su líder, el joven Enrique Lafourcade y las páginas de diarios y revistas para promover esa querrela literaria que de a poco fue alcanzando el dominio público.

Sus obras, sus autores, lograron la atención que pretendían. Sus críticos le auguraron breve vida. Para ellos "los árboles no dejaban ver el bosque". Era necesario el paso del tiempo para rescatar lo valioso de esas obras y la permanencia de sus nombres cuando se hubiese acallado el ruido que cada una trajo consigo, en comparación con otras, más modestas, menos estridentes, aunque por esa fecha dignas y duraderas.

Aparece recientemente, el primer trabajo sistemático e integral que recoge todos los antecedentes de la generación literaria de 1950. Su autor es el profesor y Doctor en Filosofía con mención en literatura hispánica Eduardo Godoy Gallardo, docente de las universidades Católica de Valparaíso y Universidad de Chile, dedicado por largo tiempo a investigar este momento histórico que fue quedando al paso de los días en diarios, libros, revistas y documentos de la época.

La estructura que el profesor Godoy

ha diseñado en su trabajo permite al lector —docto o profano— alcanzar una visión completa del movimiento literario que tiene como fecha de iniciación el año 1954, cuando aparece la "Nueva Antología del Cuento Chileno" y de la que es autor Lafourcade.

Fija el investigador, en primer término, una introducción en la que plantea la real existencia de la generación, esencialmente narrativa. Los Capítulos I y II recogen las aproximaciones críticas de esa antología y de "La difícil juventud", por Claudio Giaconi. El capítulo IV está centrado en el período comprendido entre 1956 y 1958, lapso en el que se publican seis novelas consideradas claves para entender la manera y la materia literaria que les son comunes: "Daniel y los leones dorados", de José M. Vergara; "Coronación", de José Donoso; "El Cepo", de Jaime Lazo; "Islas en la Ciudad", de María E. Geztner; "El huésped", de Margarita Aguirre y "Para subir al cielo", de Enrique Lafourcade.

Los capítulos V y VI revisan el valor de dichas obras e incluyen artículos de prensa que excedieron el ámbito literario para apuntar a una crisis profunda en la que había caído la sociedad chilena.

"No ha habido en el largo tránsito de la literatura chilena una generación más polémica y discutida que la del 50, antídoto, en todo caso, de la somnolencia y el conformismo. Y esto es, desde luego, un mérito indudable".

La literatura no es sino el detonante de una enfermedad más grave que precisaba una cirugía mayor. El capítulo VIII constituye la recopilación de opiniones sobre la llamada generación del 50. El noveno informa, por primera vez, el enjuiciamiento de la literatura chilena, precisamente en Valparaíso, en el verano de 1960. El capítulo X selecciona tres estudios que intentan aprehender una visión de conjunto. Por su parte el capítulo XI es una serie de entrevistas tanto a creadores como críticos y especialistas en literatura acerca de la valoración y vigencia de esta generación. Finalmente, cierra este estudio una cuidadosa bibliografía sobre el tema.

Si, con el tiempo, las obras de este grupo generacional han sobrevivido, es una cuestión nada fácil de responder. Sin embargo, ajeno al juicio de valoración, hay un hecho que este valioso trabajo, serio, ameno, didáctico del profesor Godoy, recupera: no ha habido en el largo tránsito de la literatura chilena una generación más polémica y discutida, antídoto, en todo caso, de la somnolencia y el conformismo. Y esto es, desde luego, un mérito indudable.

Hugo Rolando Cortés